

# *La mujer y su derecho a decidir*

Olivia Villalpando Figueroa

**A** lo largo de la historia las mujeres han buscado diferentes formas para regular su fecundidad y por lo tanto su papel como madres. Sin embargo, sobre su decisión siempre se ha impuesto la masculina, la eclesiástica y la estatal.

Hablar sobre el aborto implica enfrentar posiciones muy diferentes, que casi siempre conducen a un diálogo de sordos en el que nadie está dispuesto a ceder. Estar a favor o en contra de esta práctica no es suficiente, sino que habría que buscar alternativas para evitar, en la medida de lo posible, que las mujeres lleguen a tal situación límite.

En México, como en la mayoría de los países latinoamericanos, el aborto es clasificado como delito. Desde 1871 el Código Penal mexicano lo incluye dentro de los delitos que atentan contra la vida y la integridad del individuo; en 1931 se hace una revisión de los artículos que hacen referencia a la penalización del aborto, pero la legislación no varía con respecto a 1871, a pesar de las distintas manifestaciones a favor de cambiar el Código Penal, en ese aspecto. A partir de los años setenta, la discusión se intensifica gracias a las protestas de grupos feministas y a las propuestas estatales para cambiar la legislación, y por lo tanto regular la práctica del aborto. En 1976, a través de CONAPO, se realizó un estudio que reflejó la necesidad de modificar los aspectos médicos y jurídicos, pues el aborto se había convertido no sólo en un problema penal, sino de salud pública; no obstante, a pesar de los resultados que reveló este estudio, no fue sino



Rotmi Enciso

cuatro años después cuando el Partido Comunista y el Partido Acción Nacional, presentaron iniciativas en torno al tema, que por ser opuestas entre sí, no fueron más que un tema de discusión sin frutos. El más reciente esfuerzo por reformar la ley en torno al aborto ocurrió en 1990 en el estado de Chiapas, en donde se modificó el Código Penal para que el aborto se permitiera no sólo en los casos de violación o cuando se pone en peligro la vida de la madre —como ocurre en la mayoría de los estados en México—, sino también como último



medio de planificación familiar o por soltería de la mujer. Sin embargo, las ideas que por más de cien años han prevalecido en México en torno al tema lograron anular la propuesta chiapaneca, dando como resultado la vigencia de una legislación que resulta incongruente ante la creciente práctica clandestina del aborto.<sup>1</sup>

Como mencionamos anteriormente, a pesar de que la decisión de abortar o no le atañe directamente a la mujer —pues es la única que conoce realmente las circunstancias físicas, psíquicas y económicas que la orillan a considerar el aborto como posibilidad—, son otros grupos los que se creen con derecho a decidir por ella. Afortunadamente, esta visión está cambiando en los últimos años y aun cuando no se apoye abiertamente la decisión de elección de la mujer, se hacen visibles diferentes iniciativas para enfocar el problema desde una perspectiva

distinta: “no estamos defendiendo el aborto sino el derecho a que cada quien decida sobre sí mismo y sobre su cuerpo”,<sup>2</sup> ya que si a fin de cuentas son las mujeres las que solas o con sus respectivas parejas se

encargarán de la crianza de su hijo, es completamente normal y ético que la decisión sobre interrumpir un embarazo sea sólo de ellas y no de la iglesia o del estado. La iglesia, a pesar de condenar abiertamente el aborto, cuenta en su interior con grupos que consideran necesario respetar la decisión de la mujer aunque no por ello apoyan el aborto. Realmente nadie lo hace, aunque haya muchos que están de acuerdo que no es posible condenar a la mujer por el hecho de decidir sobre su cuerpo y sobre su vida.

En cuanto a la posición masculina con respecto al tema debemos tomar en cuenta que, incluso en el caso de que el hombre sea un apoyo para su pareja en caso de aborto, las repercusiones de esta práctica son totalmente diferentes para hombres y para mujeres, y por lo tanto, debería privilegiarse la posición femenina. Sin embargo, la sociedad en la que

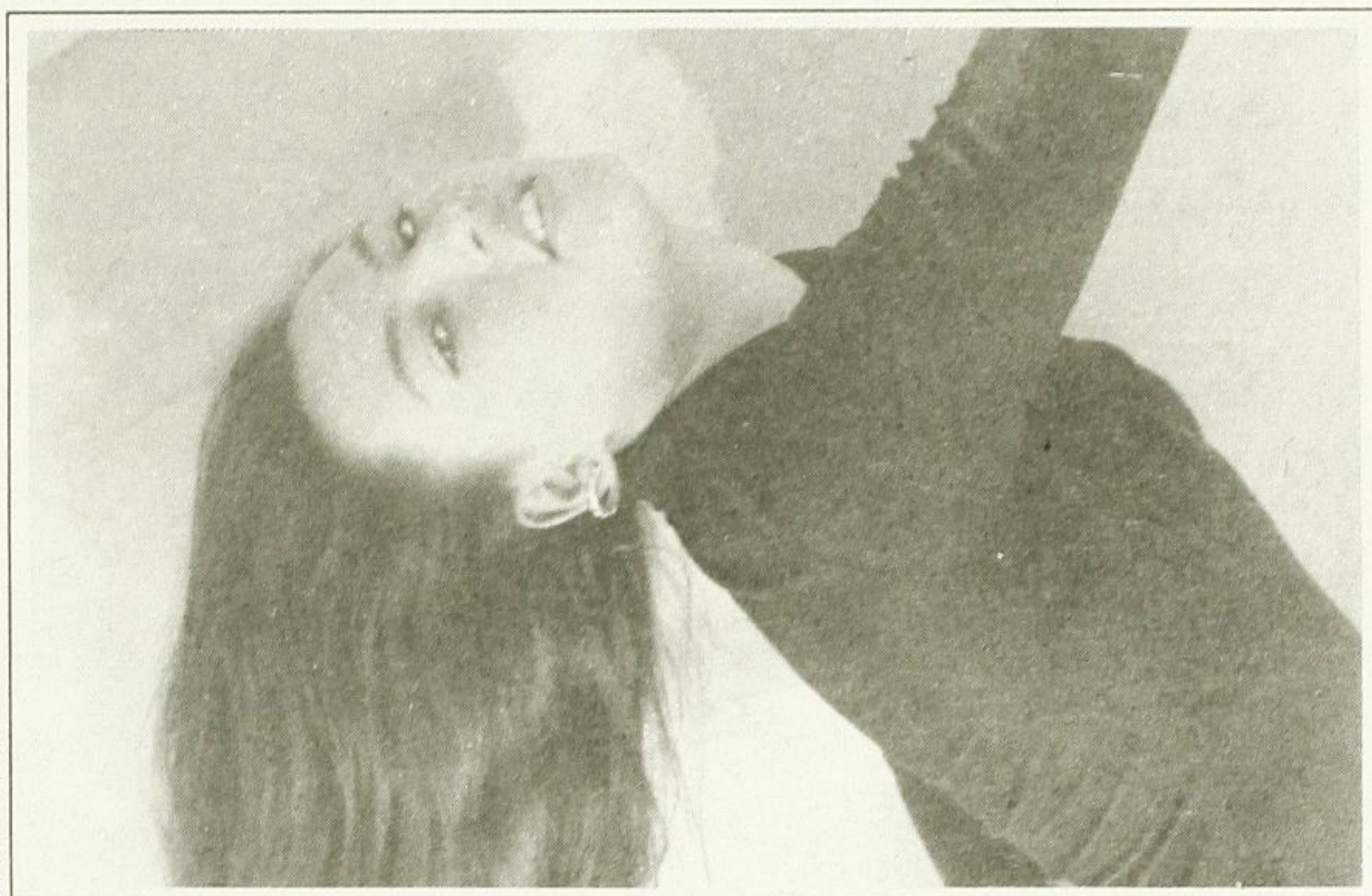
vivimos ha permitido que el hombre —ya sea el marido, el padre, el sacerdote o el juez— asuma el derecho de decidir sobre la mujer.

Si las limitaciones que impone la iglesia y la familia a una mujer que se enfrenta a la disyuntiva del aborto, no son suficientes para poner de manifiesto la necesidad de buscar nuevas alternativas, habría que revisar las leyes que impone el estado. La legislación vigente en la mayoría de los estados de la República está en contradicción con el derecho que constitucionalmente tiene la mujer para decidir el número de hijos que desea tener y el momento más apropiado para tenerlos; además de atentar en contra de sus derechos humanos, se orilla a la mujer a someterse a ésta práctica en condiciones de insalubridad que ponen en peligro su vida. Legalizar el aborto significaría, entre otras cosas, el compromiso por parte de las

instituciones de salud pública de facilitar las condiciones óptimas para llevarlo a cabo. Hay que subrayar que este tipo de propuestas no pretende de ninguna manera ver el aborto como una forma más de planificación fami-

liar, sino como una medida límite, y que, a pesar de que pudieran existir condiciones óptimas para su realización, habría de considerarse sólo como una última opción para la mujer.

El aborto no sólo se orienta hacia cuestiones éticas, legales o médicas, sino que tiene sus orígenes en la manera en que tanto las mujeres como los hombres han asumido históricamente su sexualidad. Decir que el problema se origina debido a la ignorancia de las mujeres en cuanto a cuestiones de planificación familiar resultaría simplista, ya que en realidad tiene raíces más hondas, y “también se debe a que la relación hombre/mujer mujer/hijos no está resuelta”.<sup>3</sup> Aunque la mayoría de las mujeres que se enfrentan al problema de un embarazo no deseado tienen un conocimiento previo del uso de distintos anti-conceptivos, existen cuestiones de salud o emo-

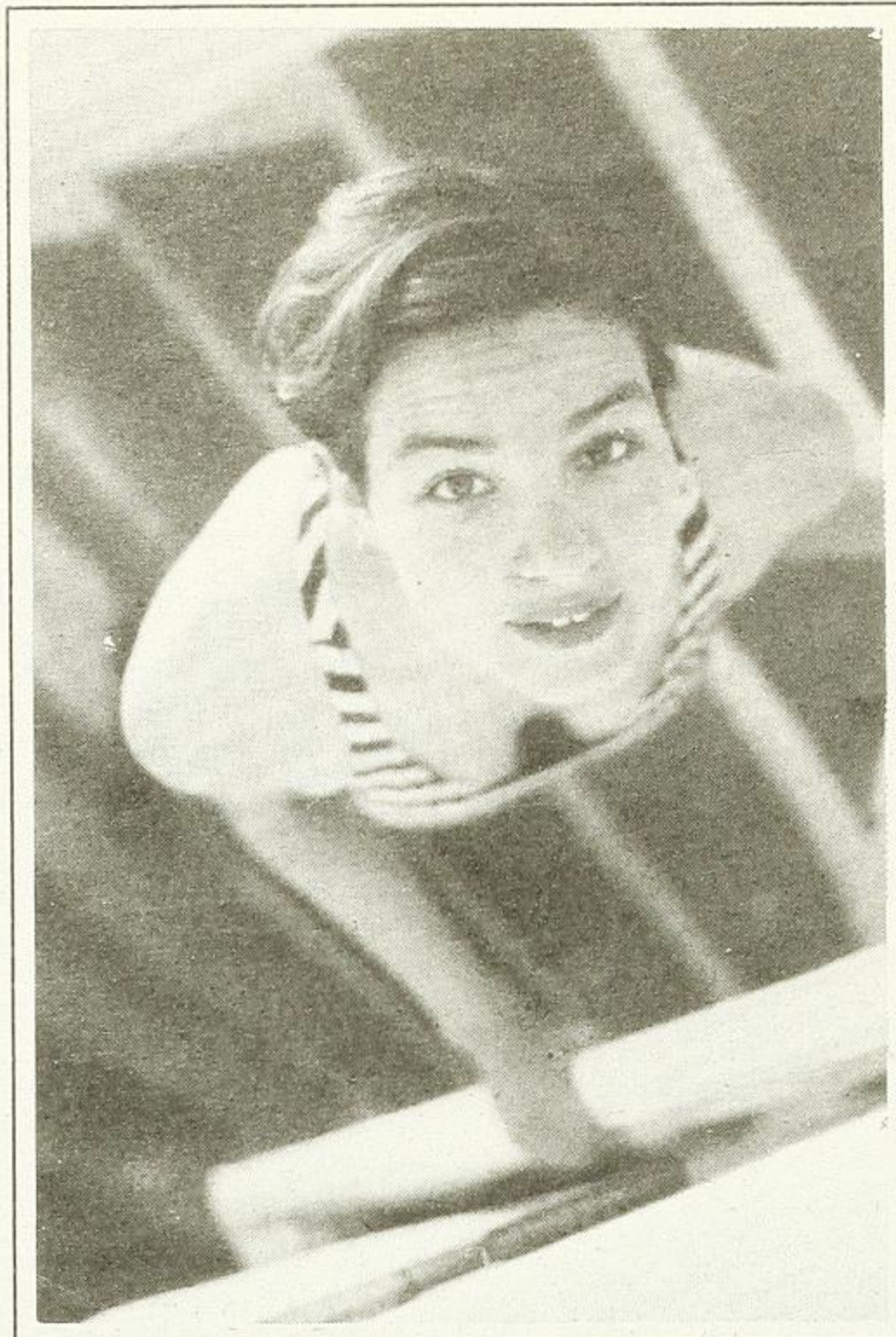


Retmi Enciso



cionales que las orillan a abandonarlos ocasionalmente. Las cuestiones ginecológicas son principalmente molestias provocadas por el uso de anticonceptivos, que en ocasiones no son adecuados a las condiciones físicas de la mujer que los usa. Por otro lado, la situación emocional juega un papel muy importante, tanto en la determinación en el uso de un método anticonceptivo como en la manera de asumir un embarazo no deseado. Las mujeres que no tienen realmente una pareja formal y que sin embargo tienen relaciones

sexuales ocasionales con una pareja anterior o simplemente una pareja eventual, no sienten la necesidad de usar algún método anticonceptivo —o de exigirlo— por varias razones: creen que usarlo las pone en una situación de desventaja con respecto al hombre, quien aprovechando la situación, demandará más fácilmente una relación sexual con ellas, situación que no siempre están dispuestas a cumplir y que en ocasiones se ven obligadas a tolerar. Algunas mujeres no creen necesario usar un método diferente del ritmo y se exponen a quedar embarazadas porque creen que contarán con el apoyo masculino. Un pequeño porcentaje lo constituyen las mujeres que regularmente usan algún método anticonceptivo, pero que por alguna falla han quedado embarazadas. Evidentemente las condiciones emocionales con las que se enfrenta una mujer a un embarazo no deseado cambian si cuenta con el apoyo de una pareja o si tiene que enfrentar sola el problema. Otro grupo de mujeres, que por su singularidad conviene mencionar aparte es el que forman las adolescentes que se enfrentan a un embarazo no deseado; a diferencia de las mujeres que se encuentran en una edad reproductiva, las adolescentes no siempre suelen estar informadas acerca de un método anticonceptivo eficaz y muchas de ellas quedan embarazadas por ignorancia en sus primeras relaciones sexuales. Este es uno de los grupos más susceptibles de presentar complicaciones al someterse a un aborto provocado; la mayoría de estas adolescentes recurren a otras mujeres en busca de ayuda y



Rotmi Enciso

por lo regular se someten a métodos caseros para abortar. Sin embargo, muchas veces, son precisamente estos métodos los que originan complicaciones que pueden provocar incluso su muerte. Por supuesto que en estos tres grupos no se incluye a todas las mujeres que se embarazan sin haberlo planeado, y habría que hacer una revisión exhaustiva que permitiera conocer las condiciones que predominan en nuestro país. No obstante esta investigación nos enfrentaríamos nuevamente a una situación que

ha prevalecido por muchos años: no se pueden conocer cifras reales en torno a las mujeres que se han practicado un aborto y en torno a las que han muerto en ese intento, porque es una práctica clandestina y, por lo tanto, la mujer que se encuentre en la situación extrema de realizarlo, lo mantiene como un secreto que sólo revela a la persona más apegada a ella, que por lo regular es otra mujer. Resulta alarmante el hecho de que, a pesar de la parcialidad de las cifras, el aborto sea considerado actualmente como un problema grave de salud pública y como uno de los principales motivos de muerte entre la población femenina, lo que hace obligatorio la búsqueda de nuevas alternativas para las mujeres que se enfrentan al problema de un embarazo no deseado y al de su interrupción. Es evidente que la primera de esas alternativas es una nueva ley, como resultado de un diálogo abierto; y la única vía que nos permitirá abrir ese diálogo es la tolerancia, no adoptar posiciones extremas, pero sobre todo reconocer que el aborto es un problema que afecta directamente a las mujeres y que por lo tanto es a ellas a quienes les compete proponer soluciones que les permitan ejercer su libertad física y moral de manera responsable. *Jem*

1 Cf. este apartado en Leal, Luisa María, "Falta de voluntad política para tratar el aborto", *Razones y pasiones en torno al aborto. Una contribución al debate*, pp. 73-74.

2 Ruiz Harrel, Rafael, *Op. cit.*, p. 12.

3 Ornelas, Gloria, *Op. cit.*, p. 95.